

## ¿Cómo recomponer los Nombres del Padre?

Eric Laurent

La reforma de la familia provoca menos pasiones que la de las jubilaciones. Sin duda se espera más, para el pacto de solidaridad entre las generaciones, de las distribuciones del Estado que de los circuitos interfamiliares. Como lo decía Freud: "lo que empezó con el padre, termina en las masas". [1] Las elecciones de la sociedad acerca de la forma de las familias no provocan más pasiones. Pero no siempre fue así, y aún recientemente existía la familia de derecha y la familia de izquierda. La señora Balladur y la señora Aznar no recibían a los divorciados, se decía en la prensa. Pero ahora que la familia del señor y la señora Sarkozy se recompuso después de muchas generaciones y que la señora tiene una oficina al lado de la de su marido, ¿cómo orientarse? "La derecha prepara con cuidado su divorcio. La falta persiste. Creación de una separación unilateral" es el título de *Liberación* del 5 de marzo. En *Le Monde*, la Señora Jeanne Fagnani, directora de investigación del CNRS es formal: la familia de derecha se reconcilió con la mujer que trabaja y es la razón por la que la derecha va a proceder a un *aggiornamento*. [2] Se va a crear el subsidio único de ayuda al joven niño. No se trata más de subvencionar a la mujer en el hogar e incitar a la división de los roles preconizado por la Iglesia en otros tiempos. Se trata de actuar eficazmente sobre la "postergación del primer nacimiento" como lo recomiendan los especialistas de la política familiar. Se pone entonces a disposición una prestación única desde el primer hijo. ¿Esta prestación debe ser "universal" o debe ser modulada según los recursos para satisfacer a la equidad? El debate al respecto ha sido llevado entre asociaciones y responsables. Nada agitó los espíritus más allá de lo razonable. [3] La política familiar es un asunto serio y eficaz. La Francia incrédula dotada de una política familiar sabia da muchos más hijos que Italia del Norte, ideológicamente a favor de la natalidad, pero prácticamente desprovista.

En la izquierda anglo-americana, los "valores familiares" son examinados con nuevas dificultades. No es cuestión de dejarlo en manos de la derecha. La pareja Gore consagró el lapso que separaba el anuncio de la amarga derrota a la renuncia a una nueva candidatura, a la redacción de un libro sobre las nuevas familias *Joined at the Heart* (unidas por el corazón). [4] El éxito del libro no ha sido muy convincente y las lánguidas ventas no han jugado para nada en la decisión final de Gore de renunciar a su candidatura en 2004. Esto no prejuzga del interés del proyecto porque en los Estados Unidos nada bueno es considerado que pueda venir de un *loser*, contrariamente a los *come-back* a repetición de nuestros hombres políticos.

La nueva familia según los Gore es una familia abierta a su recomposición. La misma es multi-divorciada, abierta a las familias *gay* y lesbianas, como se dice allí "homoparentales". Se trata claramente de volver a dar esperanza a los espíritus de progreso en la izquierda americana que está, ella también, *groggy*. En las últimas elecciones de medio mandato, la única medida original propuesta por los demócratas fue el reintegro integral de los medicamentos para las personas de edad. Esta medida no llegó ni siquiera a entusiasmar a los jubilados de la Florida. Reconquistar el terreno de las familias en recomposición se revela con más razón urgente ya que la izquierda constata que la demanda de familia hizo progresos en todas las comunidades americanas. Se quieren familias como se quieren hijos. Frente a la familia de derecha, embarazada por las prescripciones de la *Christian Association*, las familias liberales están listas a satisfacer a todos aquellos que desean una familia recompuesta según las normas más variadas de sus anhelos y de sus comunidades. Se sospecha de un optimismo forzado, una "comedia de la recomposición". Stanley Cavel escribió, hace veinte años, una sutil reflexión sobre la "comedia del rematrimonio" tal como se extraía de las comedias hollywoodenses de antes y justo después de la Segunda Guerra Mundial (el re-matrimonio ante la re-guerra). [5] Aparecía un nuevo ideal, el de una conversación continua, de un re-matrimonio posible con la misma persona, perdida y vuelta a encontrar a través de la separación y el divorcio. Si fuera necesario rastrear esta "búsqueda de la felicidad" en el cine hollywoodiense de hoy, partiría de la comedia tan lograda de Woody Allen, *Everybody say I love you*. Woody Allen parte del matrimonio deconstruido, y subraya las inconsistencias del sujeto moderno, estructurado por la opinión. Haría falta examinar las series televisivas como *Friends*, *Coupling* o *Manchild* ya que ahora nos bañamos en un *continuum* video global. El sujeto, en este mundo, no vive en la esperanza. Quiere, actualmente, casarse y divorciarse muchas veces, tener hijos y separarse de ellos, reencontrarlos también. No se atiene menos al matrimonio y a la filiación. Todo reposa sobre él, sobre su energía, sobre su deseo. Es lo que Irène Théry llamaba el "desmatrimonio".

“Es el lugar social de la institución matrimonial que cambió con la transformación de las representaciones de la pareja: la cuestión de casarse o no, deviene *una cuestión de conciencia personal* y el matrimonio deja de ser el horizonte insuperable de las relaciones entre los hombres y las mujeres. Este fenómeno social se lo nombró el “desmatrimonio”. [...] El desmatrimonio, más que el rechazo o la crisis del matrimonio, designa la situación históricamente nueva ligada a la transformación del lazo conyugal en un sentido más igualitario, más privado y más contractual. Plantea problemas radicalmente inéditos para el lazo familiar”. [6]

## Compendio de recomposición

Una excelente descripción del estado en el que estamos a causa de la mutación del lazo familiar se lee en el examen de “La aventura de la paternidad” realizado en el número especial fuera de serie de *Le Nouvel Observateur* dedicado al tema. [7] Nos damos cuenta allí de todos los malentendidos que el “padre freudiano” pudo engendrar. La periodista Sandrine Hubaut, para introducir un conjunto de contribuciones, destaca que “por otra parte es singular que en los albores del 1900, la teoría psicoanalítica otorgue sus cartas de nobleza a la figura del padre que hace regir la ley, en el momento mismo en que el movimiento histórico lleva esta imagen a una declinación inevitable”. [8]

En *Los complejos familiares...*, Lacan da cuenta en 1938 de esta singularidad. Fue necesario el fin del Antiguo régimen para que apareciera el padre en su facticidad. “...el sublime azar del genio no explica quizás por sí solo que haya sido en Viena –centro en aquel entonces de un Estado que era el *melting-pot* de las más diversas formas familiares, desde las más arcaicas hasta las más evolucionadas, desde las últimas agrupaciones agnáticas de los campesinos eslavos hasta las formas más reducidas del hogar pequeño burgués y las formas más decadentes de la pareja inestable, pasando por los paternalismos feudales y mercantiles– donde un hijo del patriarcado judío imaginara el complejo de Edipo”. [9]

En este número de *Le Nouvel Observateur*, Louise Lambrichs extrae con mucha justeza de los trabajos de Françoise Hurstel la necesidad de reubicar la crisis de la paternidad en una amplia temporalidad. La misma debe partir de la Revolución francesa. “...el legislador trató de inscribir en la ley el ideal revolucionario según el cual ‘los hombres nacen libres e iguales en derechos’ –‘hombres’ aquí a entender en sentido genérico, que comprende las mujeres y los niños, lo que superaba quizás el pensamiento de los revolucionarios mismos. [...] Para ir más rápido, demasiado rápido, se dirá que esos efectos han sido, entre otros, el acento puesto en los derechos de la mujer, luego en los derechos e intereses del niño. Una vez destronado el padre [...] hay que admitir que su poder está regulado por las leyes de la República y que estas leyes tienen en cuenta con igualdad los derechos de las mujeres y el de los niños”. [10]

Como lo nota Irène Théry, el “nuevo pacto de filiación” en la familia contemporánea permanece incierto. Sin embargo, la necesidad de ficciones reguladoras de la paternidad no insiste menos. La ficción que regía la filiación tenía un nombre: el “Padre”. No se trataba de los padres en su diversidad, que siempre ha sido grande. El nombre de “Padre” no llegó así nomás. Llegó de los sistemas de parentesco profundamente reorganizados por el discurso teológico. La religión del padre, el Pentateuco, no nombra a Dios como “padre”. Sin embargo, todo padre no obtiene su autoridad más que de la elección de Israel por Dios. El pueblo elegido puede, a veces, por la voz de los profetas, pensar su elección en analogía a la relación del padre al hijo. Jesús será no obstante el primero, en el movimiento de las sectas esenias, en designar a Dios como su “padre”, [11] sin metáfora. Fundaba, entonces, la religión del hijo. La misma podrá absorber toda suerte de sistemas de parentesco, del mundo semita al mundo celta pasando por el mundo helénico-romano. El lazo entre Dios el padre y un padre está especialmente ilustrado por la figura de San José. El padre divino reduce lo humano a una posición de adoptante. La honra que se les debe a los padres pasa por su función de mediador. Hace “el objeto del primer mandamiento de la segunda tabla. Quizás en razón del ministerio de mediadores de la paternidad-maternidad divina que ellos asumen ante sus hijos”, como dice el padre Joseph-Marie Verlinde. [12] Sabemos cuánto chocó esta distancia a China cuando encontró al catolicismo. “Para ellos, escribe Zhang Guangtian, cuando muere el padre o la madre, no ofrecen sacrificios ni erigen templos. Se contentan con reconocer que el Amo del cielo es nuestro común padre, mostrando pocos miramientos para aquellos que le han dado nacimiento y los consideran como sus hermanos”. [13] El “pacto de filiación” surge en la perspectiva católica, del discurso teológico. Vela por la unidad del Nombre del Padre, para absorber la diversidad de padres. El punto

trascendente, fuera de línea, funda todos los linajes posibles. Es lo que la Revolución francesa vino a romper, e inició el doble movimiento de descomposición y de recomposición de los Nombres del Padre.

En principio hay descomposición porque hay ruptura entre el Nombre del Padre y los padres uno por uno. El Nombre del Padre no se acomodó bien con los Derechos del Hombre. El primer efecto de la reflexión es el de descomponer el "Nombre" en la multiplicidad de las diferentes funciones atribuidas al padre. Lacan llama la pluralización así efectuada "los nombres del padre". Se pasa del discurso sobre la esencia del padre al examen de los componentes de un "concepto de amplio espectro", como diría el filósofo Hillary Putnam.

## Dos modos de recomposición de los nombres del padre

A partir de esta pluralización podemos intentar pensar la relación moderna a la paternidad como una recomposición "a la carta". Es el caso de la psicoanalista Geneviève Delaisi de Pairseval: "En las sociedades contemporáneas, todo pasa en realidad como si las cosas hubieran devenido borrosas cuando se trata de decir quién es el "verdadero" padre; como si la paternidad hubiera que reinventarla en cada caso, en cada transacción o juicio. [...] cada uno entiende que pasa por su conveniencia y según sus intereses del momento, o bien del lado del orden biológico (natural) o bien del lado jurídico (ficción), o bien del lado de lo 'socio-afectivo'. [...] Toda crisis que por naturaleza es ambivalente, puede leerse en el sentido de ruptura, de demolición, pero también se puede comprenderla como una fase de integración –a la manera de los estadios descriptos por Piaget para el desarrollo del niño". [14]

Esta autora ve una solución en esta "psicodinámica". El recurso está en un "devenir padre" que borra todas las especificidades de la paternidad y todo su enigma. "¿Qué dice el psicoanálisis psicodinámico del devenir padre? ¿El hombre es, en el fondo, tan diferente de la mujer frente a ese momento esencial de la vida que es el devenir padre? De manera paradójica, la experiencia de la paternidad puede ser vista como una serie de etapas psíquicas análogas a las de la maternidad...". [15] Ella concluye: "Existe una realidad psicosomática de la vertiente psíquica de la paternidad. ¿Esta no la remite, sin embargo, al campo o al ámbito de lo simbólico o lo legal –defecto lacaniano bien conocido-, como se pensó durante siglos!". [16]

Alcanza entonces con librarse del "defecto lacaniano" para que la dinámica del "devenir padre" nos permita tener del padre una versión innata, "psicosomática". Un esfuerzo más y se buscará el gen en el que "está escrito".

Jean Le Camus, profesor de psicología, no cuenta con una recomposición "a la carta". Él quiere enraizar la paternidad en la experiencia. Ser padre, para un hombre, es criar a un niño estando implicado en sus interacciones precoces con él. Esto le permite distanciarse que una perspectiva psicoanalítica evolucionista como la de Spitz. "A diferencia de los que continúan en circunscribir una 'edad de la madre', muy precoz y diádica, luego una 'edad del padre', más tardía (a partir de los tres años, a *grosso modo*) y triádica, creo que el padre debe ocupar su lugar desde el inicio. Es decir, lo más temprano posible: durante la espera del niño, en el momento del nacimiento, en las semanas, los meses... siguientes y que están ocupados por las actividades de cuidados, lo que hay que, de ahora en más, llamar el paternaje (*caregiving* o *parenting* en anglo-americano)". [17]

Anhela también diferenciarse de la necesaria mediación de la madre: "A diferencia de aquellos que escriben que el padre solo puede intervenir si es reconocido y presentado por la madre, la mediadora inevitable, o que el padre está enteramente en la madre y no en otro lugar, creo que se debe de ahora en más evocar una implicación directa del padre". [18]

Anhela, finalmente, distanciarse de todo fundamento del padre en su "Nombre", en su función. Desea fundarlo en el *hic et nunc* de la experiencia de la paternidad como *Erlebnis*. "A diferencia de aquellos que limitan la función del padre a la introducción de la ley, al ejercicio de la autoridad y a la transmisión de la herencia cultural, creo que es necesario representarse al padre como pudiendo actuar positivamente sobre el niño en una pluralidad de dimensiones". [19] Nada debe escapar a la experiencia.

No hay necesidad de dato exterior. La dimensión simbólica de la paternidad es reducida a un lugar en un sistema de reglas y de normas. De manera muy coherente, el padre de la experiencia es instrumentado por reglas. El mismo es

definido como el trasmisor de las mismas. "...el padre hace figura de pasador, de iniciador en las reglas y de incitador a la integración". [20] Este padre puede también plegarse a todas las normas. "¿El modelo sigue siendo pertinente y válido cuando tomamos en cuenta las familias que no se inscriben más en el orden de la tradición, es decir las familias mono y pluri-parentales por una parte, las familias homoparentales por la otra? [...] no vemos por qué la orientación teórica del modelo -momento de intervención del padre (o de la figura paterna), mecanismo de su acción y registro de su influencia- no sería transportable a las situaciones por fuera de las normas (ya parcialmente reconocidas por la ley)". [21]

Las dos perspectivas de recomposición que hemos aislado se oponen simétricamente. Para uno de los autores, la recomposición "a la carta" de la función del padre permite a cada uno elegir lo que necesita en el vasto aparato que lega la tradición. La unidad de esta caja de herramientas es en última instancia innata, psicósomática. Para la otra, cada uno se construye un lugar de padre según su experiencia. Elige en la diversidad de las reglas y en la evolución de las normas lo que necesita para dar cuenta de su experiencia. Todo es adquirido, incluso si uno se pregunta de quién.

La oposición de estas dos perspectivas enmascara, sin embargo, su profunda unidad. El Nombre del Padre es llevado a su utilidad. Es lo que Lacan terminó por llamar en su enseñanza de los años 70, el padre "herramienta", instrumento disponible para que el sujeto se sirva de él. Esta perspectiva tiene todo su valor en nuestra civilización utilitarista, y permite sin duda garantizar un lugar para el padre en los siglos de los siglos pragmáticos. Hace falta todavía tener una idea de lo que pasa cuando esta herramienta no funciona, cuando el padre no puede ser nombrado.

## El Nombre en el abismo

En este número de *Le Nouvel Observateur*, el artículo de Jacques-Alain Miller se enlaza a esto. Lejos de lo innato y de la experiencia, él nos muestra el efecto producido por la ausencia de esta herramienta. El logro del sentimiento de la vida se encuentra alcanzado. El mundo como tal se encuentra *out of joint* (desencajado), como dice Shakespeare. Kafka, por su contra-ejemplo, permite captar lo que está en juego en lo que el "padre" viene a nombrar. Cuando deviene inutilizable, la acusación que es llevada contra él deviene "infinita" como lo afirma J.-A. Miller. El Nombre del Padre viene a recubrir un vacío no trascendente, sino infinito. Está, en el lenguaje, la herramienta por la cual se franquea el litoral infinito entre algo del goce, y lo que de la experiencia de un viviente sexuado puede venir a decirse. El segundo Wittgenstein sensible al hiato entre el sentido y la experiencia, quiso concebir un mundo sin Nombre del Padre. El sentido como tal no es para él garantizado más que por una comunidad de forma de vida. Nada prueba que sea posible sostener una comunidad de forma de vida humana sin el recurso a esta modesta herramienta del padre. Kafka testimonia de ello, él que se sintió para siempre separado de sus semejantes humanos. J.-A. Miller puede así decir: "El autor de *La metamorfosis* sabía que este 'sí mismo', el núcleo de su ser, no encontraría la paz ni siquiera en la tumba, que él no se sostenía en un nombre, aunque fuera inmortal, que tenía una forma de vida a-humana. Él sabía también que el padre solo tenía en común con él el mismo desamparo". [22]

Lacan, en su enseñanza de los años 70, subrayó la tensión entre el universal de la función y lo particular de la experiencia que tiene el sujeto de un padre como tal. "Es necesario que la excepción arrastre a quien sea para constituir por este hecho modelo. Esto es el estado habitual. Cualquiera alcanza la función de excepción que tiene el padre. ¡Se sabe con qué resultado! Es el de su *Verwerfung* o de su rechazo en la mayoría de los casos...". [23] El padre no se vuelve soportable, amable, más que a través de una mujer, no solamente una madre, que presenta el Nombre de la buena manera. No se trata de saber, como en la perspectiva evolucionista qué precede a qué, si hay una edad de la madre, después la del padre o viceversa. La función está ligada a una existencia que supone la articulación sexual. "Él (un padre) no puede ser modelo de la función más que al realizar el tipo [...] (de) la *perversión* paterna, es decir que la causa de su deseo sea una mujer que él haya adquirido para hacerle hijos y que a estos, lo quiera o no, les dé un cuidado paternal". [24] Este sorprendente recurso a la "perversión" para salvar al sujeto de la psicosis es la vía fecunda, es el caso de decirlo, para que se recomponga el Nombre del Padre en un mundo en que la excepción no es más trascendente. La misma arrastra por todos lados. Esta vía implica renunciar definitivamente al mito del padre de la horda. El Nombre del Padre "herramienta" no es el padre del "todo". Hay necesidad de una ficción reguladora para existir. La recomposición "a la carta" en el codo a codo de la tradición, o cualquier otra concepción

“formalista”, tiene necesidad de una carne para subsistir. Los remito sobre esto a los desarrollos de J.-A. Miller en *Le Neveu de Lacan*. No hay ninguna necesidad de encontrar su fundamento en un hipotético fundamento psicosomático, o de poner todo en la experiencia del *parenting*, estrictamente pragmático. Lacan da un fundamento preciso a esta carne según un doble principio. En la existencia de una causa del deseo y en el amor que ella puede autorizar. La consecuencia hay que leerla en este sentido lógico: el que va de la pulsión al amor y no a la inversa.

Traducción: María Inés Negri

#### NOTAS

\* Texto publicado en revista *Enlaces*, N° 10, Grama, Bs. As., junio-julio de 2005. Versión en francés publicada en *Élucidation, Revue publiée à Paris*, N° 8/9, Verdier, París, invierno de 2003-2004.

1. Freud, S., “El malestar en la cultura”, *Obras Completas*, Vol. XXI, Bs. As., Amorrortu, 1980.
2. Palabras recogidas de *Le Monde* del 18 de diciembre de 2002.
3. Mathieu, M., «*Différents scénarios pour une politique familiale simplifiée*», *Le Monde*, 26 de febrero de 2003, p.8.
4. Gore, A., Gore, T., *Joined at the Heart. The Transformation of the American Family*, Henry Holt, Nueva York, 2002.
5. Cavell, S., *La búsqueda de la felicidad*, Paidós, Barcelona, 1999.
6. Théry, I., *Couple, filiation et parenté aujourd’hui*, Odile Jacob, París, 1998.
7. «*L’aventure de la paternité*», *Le Nouvel Observateur*, fuera de serie N° 49, diciembre-enero-febrero de 2003.
8. Hubaut, S., «*Regards croisés sur le père*», *Le Nouvel Observateur*, op.cit., p. 23.
9. Lacan, J., «*Los complejos familiares en la formación del individuo*», *Otros escritos*, Paidós, Bs. As., 2012, p. 72.
10. Lambrichs, L., «*De l’art... d’incommoder les pères?*», *Le Nouvel Observateur*, op.cit., p. 7.
11. Philonenko, M., *Le Notre Père. De la prière de Jésus à la prière des disciples*, Gallimard, París, 2001.
12. Verlinde, J.-A., «*L’inter-dit libérateur*», *Le Nouvel Observateur*, op.cit., p. 72.
13. Gernet, J., *Chine et christianisme*, Gallimard, París, 1982, p. 253.
14. Dealise de Parseval, G., «*La paternité négociée*», *Le Nouvel Observateur*, op.cit., p. 45.
15. *Ibid.*, p. 44.
16. *Ibid.*, p. 45.
17. Le Camus, J., «*L’invention du paternage*», *Le Nouvel Observateur*, op. cit., p. 24.
18. *Ibid.*, p. 26.
19. *Ibid.*
20. *Ibid.*
21. *Ibid.*, p. 27.
22. Miller, J.-A., «*Parle avec lui*», *Le Nouvel Observateur*, op. cit., p. 39.
23. Lacan J., «*RSI*», *Ornicar?*, N° 3, enero de 1975, p. 109.
24. *Ibid.*